IX

EPÍLOGO

E aqui cerca de tres años que ese segundo libro de las Obras completas de Héctor Le Prieux, - para con-Linuar la inocente y técnica broma del viejo obrero literario, — ha sido publicada bajo la forma de las amonestaciones de matrimonio entre la señorita Reina María Teresa Le Prieux con el señor Carlos Photius Huguenin, y he aquí casi dos años que el nacimiento de una nieta, bautizada bajo la invocación de Santa Matilde, ha venido á proporcionar la ocasión con la madre de Reina para que se reconcilie con este encantador hogar de enamorados, establecidos allá abajo, al borde del mar color de zafiro, bajo el claro cielo del Mediodia, entre los olivos y los pinos de Alepo, entre la pobre Fanny Perrin, elevada al puesto de ama de llaves, y los padres de Huguenin, en la casa de labor hereditaria, defendida del mistral, por una cortina negra de antiguos cipreses en medio de los cuales agitanse las rosas. Es preciso creer, — esta es la excusa de » la hermosa señora Le Prieux », — que esta incomprensibilidad del sentimiento ajeno, por la que tante han sufrido su marido y su hija, realmente constituye en ciertas naturalezas una enfermedad rebelde á toda experiencia. También es preciso creer, - y es la condenación de esa brillante y ficticia sociedad parisiense de la que esta mujer es viviente encarnación, - que esta existencia, con esa exaltación de la vanidad, con esa obsesión del lujo del vecino, no solo es fecunda en ridiculez. Esta existencia termina por ser un vicio del corazón, que se seca y marchita, como sucede al más aterciopelado cutis siguiendo el cuotidiano régimen de las comidas fuera de casa y de las salidas por la noche. La prueba de esto es que la madre de Reina ha mantenido su palabra. Por una de esas anomalías de conciencia que se pueden com-

probar, renunciando á explicarlas, la señora Le Prieux no había perdonado á su hija una felicidad que continuaba considerando como la más abominable ingratitud. En esta especie de lucha social, emprendida con objeto de conquistar y mantener lo que siempre llama una « posición social », pensaba en su hija con el sentimiento que pudo experimentar Napoleón cuando vió huir á los sajones en el campo de batalla de Leipzig. Pero, como el Emperador, no es de esas voluntades que se rinden, y la verán ustedes continuar sola, si es que ustedes son también esclavos de esas mortales fatigas que impone el Todo Paris, sufrir las menores exigencias y seguir sus menores ritos, sin objeto alguno, pues ya no se trata de colocar á su hija; lo hace, ¡por el honor! Su nombre figuraba esta mañana en los Ecos de sociedad de diversas periódicos mundanos, entre las personas que habían hecho un regalo á un matrimonio como el que hubiese deseado para Reina : « Señor y Señora Le Prieux, caja de cristal y oro... » También figuraba aver, bajo la misma rúbrica y en el mismo lugar de los mismos periódicos, entre los invitados á una : « Muy elegante comida en casa de la Señora de Bonnivet, en su hermoso hotel de la calle de Artois. La escalera de madera tallada (una maravilla) el salón y el comedor (otra maravilla), estaban llenos de flores y de plantas verdes, los criados llevaban los cabellos empolvados y librea á la francesa... » Han encontrado ustedes este mismo nombre, anteayer, siempre en el mismo sitio de los mismos periódicos, en la sección teatral en suelto á propósito de un concierto dado á beneficio de una obra de beneficencia en que se interesa la excelente duquesa de Contay, y después de la fórmula sacramental : « Entre los asistentes, tuvimos el gusto de ver... » Y la otra noche si han asistido á la primera representación del drama en verso de Renato Vincy, en el Teatro Francés, de ese Annibal tan apasionadamente discutido, habrán visto pavonearse á la señora Le Prieux en un palco platea, de la derecha, que, desde hace varios años pertenece al « servicio » del célebre cronista. La señora Le Prieux estaba colocada al lado de la barandilla del palco, con la joven condesa de Bec-Crespin, y estaba más emperegilada y más ceñida, más compuesta y más rizada, — en fin, más « hermosa señora Le Prieux » que nunca. Y si la casualidad les hubiese permitido escuchar las palabras cruzadas por los Molan y los Fauriel, colocados en una platea que se encontraba precisamente enfrente, y que también habían venido para mantener su puesto entre las « personalidades parisienses » habrían oido juzgar á ese mundo artificioso y bambollesco, por la boca de tres lindas mujeres y de dos astutos artistas, sus maridos, la heróica labor de esa veterana del batallón sagrado:

— La señora Le Prieux es asombrosa — decía Lorenza Fauriel, — jamás la he visto más hermosa que esta noche. La señora de Bec-Crespin, parece su hermana mayor... Hay maridos que tienen una suerte loca. ¡ He aquí á Le Prieux, que es vulgar hasta más no poder, pesado y sin talento alguno!... Se casa con la Venus de Milo y tiene la suerte de encontrarse con una mujer honrada que nunca ha dado que hablar...

— Y que á pesar de eso encontrará el medio de hacerle llegar á la Academia... dijo María Molan : ¿No es verdad, Santiago?...

— Naturalmente — respondió el novelista dramaturgo. — El otro día me ha sondeado acerca de mis intenciones, con triquiñuelas que significan que piensa en ello. Por eso es por lo que acaba de publicar esa miseria que llama sus *Recuerdos*. Por lo menos le hacia falta un volumen para que el trabajo de su enérgica esposa tuviese la sombra de la sombra de un pretexto. Ella es capaz de reunirle quince votos ; y no es poco!... Qué mujer tan buena y que lástima de que esté handicapée de esta manera.

— No obstante es verdad que sigue tan pistonudamente guapa — dijo á su vez Fauriel, que á pesar de su traje de genileman, vestido en Londres, nunca ha podido curarse de la jerga del taller, — al menos que eso no sea un género destinado á agradar á sus clientes de gran mundo. Y, con sus ojos de pintor, analizaba á la señora Le Prieux á través de sus lentes : — ¡Qué forma de cabeza! — exclamaba — ¡qué arco orbitario! ¡qué cuello! ¡Qué construcción!... Á los sesenta años, á los

setenta años, si no engruesa, todavía estará magnifica... Eso está en la sangre : ¡Qué bonita era su hja! ¿qué es delella?...

— Sigue casada en el Mediodía — continuó Lorenza Fauriel, —con el primo segundo que algunas veces veiamos en su casa, — un matrimonio absurdo y que ha producido mucha pena á su madre. Una tontería que ahora debe sentir mucho. El otoño último, ha pasado algunos días en Paris. Me la encontré y pude observar que sigue siendo tan bonita como siempre, aunque se ve bien que no es la señora Le Prieux quien la viste...

— ¿Reina ha pasado algunos días en París? ¡ Y no me habías dicho nada! — exclamó la señora de Molan. — ¡ Y no ha venido á verme! ¡ Qué poca amabilidad!...

— Ni á mi tampoco — dijo la señora Fauriel. — ¡Oh! no la ahoga el corazón. Estoy segura de que no ama á su madre, pues si la amase, ¿cómo habria dejado de casarse aquí, con una persona de esta sociedad? ¡Y teniendo una madre de tanto mérito!

- Sin duda alguna la hija la tenía envidia - dijo para terminar Santiago Molan en tono indiferente y despreciativo. Ese escritor plagiario, ese tipo perfecto del ambicioso sin escrúpulo y del aprovechador que es sucesivamente, en sus novelas y en sus comedias, naturalista, después psicólogo, preocupado con la vida mundana, despues con el erotismo, después con las cuestiones sociales, adoptando definitivamente ese tono de ironista superior que ve con tranquilidad el cieno de la naturaleza humana. Este personaje no insistió en su observación, como si fuese cosa corriente; después, habiendo nuevamente mirado á la platea de los Le Prieux, agregó: por lo demás, la chica tenía á quien parecérsele. -Sigamos la pieza, señoras, debe ser muy interesante en este momento, porque ese rocin de Le Prieux finge estar distraído y no escucha.

En efecto, estaba distraido el marido de « la hermosa señora Le Prieux », tan equitativamente calificado de « rocín » por uno de los maestros de la escuela de observación ; tan magnánimo, tan delicado, tan indulgente con el talento de los demás! El escritor se encuentra á varios centenares de kilómetros de la platea en donde triunfa su mujer y de aquella en donde se cruzan esas palabras entre dos tristes mercaderes del arte y sus esposas. - Á muchas leguas de la escena y de los actores que recitaban sin alma, ante ese público tan hastiado, los versos sabiamente compuestos por uno de los más famosos carpinteros poéticos de hoy día. El cronista dramático se encuentra sentado con el pensamiento en el diminuto salón de la casa de labor, mirando sonreir á Reina á la que entrevé á través del espacio, tan amable, tan cariñosa, un poco melancólica á causa de su separación, pero tan agradecida! Esta visión fué suficiente para que una inexplicable felicidad circulase por las venas del antiguo periodista, tanto más cuanto que ha echado de ver hace un momento, al entrar su mujer en la sala de espectáculos, que todavía ha obtenido uno de esos éxitos de belleza de los que aun le llegan al alma. Con los ojos medio cerrados, el escritor olvida las innumerables crónicas que ha sido preciso hacer para pagar las deudas — todavía quedan por pagar diez y ocho mil francos! - Le Prieux olvidó el revuelo de malévolos artículos con los que había sido acogido su modesto volumen de Recuerdos. El escritor olvidó el sillón de la Academia y el recuento de votos académicos al que Matilde se había entregado de nuevo en el coche que les llevaba al teatro. Le Prieux olvidó sus cansancios ante la página inútil y la incurable nostalgia del arte traicionado. Olvidó todo para saborear la profunda voluptuosidad de ver felices, cada uno á su manera, á las dos únicas criaturas á las que había amado durante su vida, y darse cuenta de que lo eran por él. No ha malogrado su vida, no, y tenía razón al decir á su hija que había realizado su ideal. Había venido á París, como él decía, para ser poeta. Y ¿quién podría decir que lo era con más titulos que él?

EL TALISMÁN

A historia que van ustedes á leer, me fué relatada por uno de los artistas célebres de nuestra época y también uno de los mayores enemigos de todo reclamo, de toda ostentación personal, de toda confidencia intima. No revelaré su nombre, pues no quiero pedirle el permiso, que sin duda alguna me negaría, de contar esta anécdota, aunque pertenece á su más lejana juventud. También callaré la naturaleza de su talento. ¿Es escultor ó pintor, músico ó arquitecto, poeta ó dramaturgo? El silencio absoluto que guardaré acerca de ese punto, me parece autorizar un relato que lleva consigo una enseñanza de orden muy humano, porque interesa á la psicología de la infancia y, por consiguiente, á la educación. Recuerdo que ese fué el motivo que me indujo á transcribir inmediatamente esta confidencia, algunas veces pueril, otras veces sobrado minuciosa, como de un hombre que generalmente no confiesa toda la verdad. En ello he creído ver una palpable prueba de esas dos verdades, igualmente desconocidas: una, que las malas pasiones de la edad madura ya se encuentran en germen y fácilmente dispuestas á despertarse en la inocencia del niño; la otra, que la más segura curación de esos precoces vicios, se encuentra en la magnanimidad del educador anciano... Agregaré, para colocar este relato en su exacto cuadro, que el artista que nos lo hizo, acababa de obtener uno de sus más brillantes éxitos. En esta ocasión, uno de los compañeros de sus primeros años, le había bajamente difamado en un periódico. El artista fué